

La Intifada y sus aspectos militares

Pedro Cobo

Primeros días de diciembre del 2001: varios jóvenes arrojan piedras contra las fuerzas armadas en la ciudad de Gaza. Una imagen tristemente repetitiva de la intifada si no fuera porque los receptores de los proyectiles prehistóricos han cambiado. En este caso los jóvenes que lanzan piedras no lo hacen contra elementos de la IDF (fuerzas armadas israelíes) sino contra las fuerzas de seguridad palestinas. Algo ha variado desde aquel 9 de diciembre de 1987, inicio de la primera Intifada. La estrategia de Arafat a finales del 2001 no satisfacía ni a tirios ni a troyanos y su popularidad estaba a la baja. Arafat, parece haber perdido la fe, utilizó durante largos años, con maestría, el levantamiento callejero como arma de negociación. Sin embargo la situación ha sufrido cambios dentro y fuera de los territorios palestinos y de Israel. Los acontecimientos del 11 de septiembre en Nueva York tienen mucho que decir al respecto.

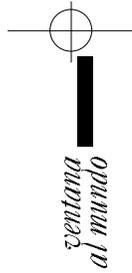
La primera Intifada fue una sorpresa tanto para los dirigentes políticos y militares israelíes como para los dirigentes palestinos en el exilio. Pronto se convencieron de que no era una simple y pasajera demostración de descontento popular. Comenzó de forma espontánea pero pronto las organizaciones palestinas capitalizaron la insurrección. De la espontaneidad se pasó a una coordinación del movimiento: en enero de 1988 se constituía la Dirección Unificada del Levantamiento. Arafat, desde el exilio, a través de sus hombres de la OLP en los territorios ocupados, supo hacerse de la dirección del movimiento popular. Hamas, la Jihad islámica y el Frente Popular de Liberación Palestina, entre otros, se unieron a la dirección y pretendieron controlar la insurrección. La OLP ganó en la pugna.



Hasta los años ochenta los palestinos de los territorios ocupados habían confiado en los países árabes y en la OLP. Con la Intifada el pueblo palestino empezaba a tener una agenda propia. Varios factores contribuyeron a ese cambio: el desencanto ante el ineficaz apoyo de los países árabes, que perdieron todas las guerras emprendidas contra Israel y relegaron la cuestión palestina a un segundo plano una vez surgido el conflicto irano-iraquí de los ochenta; el fortalecimiento de la conciencia nacionalista, hija de la pobreza y de la humillación sufrida en los campos de refugiados; la carencia de perspectivas claras para una población en la que más del 70%, en 1988, tenía menos de 25 años; la prohibición por la Knesset de la creación de partidos políticos antisionistas; y, finalmente, la incapacidad de la OLP para llegar a resultados tangibles, favorecieron la aparición de un movimiento popular ante la ocupación de territorios que consideran suyos.

La primera Intifada se prolongó, con distintos grados de intensidad, hasta los primeros años de los noventa. Los acuerdos de Madrid de 1991 y de Oslo de 1993 lograron que el levantamiento amainara. El saldo fue de cerca de novecientos muertos palestinos, doscientos de ellos menores de 16 años, y de unos cincuenta israelíes.

La utilización de armas de fuego durante esta primera Intifada fue mínima: no más del 5%. La respuesta israelí ante este movimiento, al que difícilmente se le podía considerar una guerrilla o una campaña de terror, pasó por distintos momentos. En una primera fase, a la vez que se ofrecían incentivos económicos para acabar con el movimiento, las IDF intentaron no mezclarse con la población a fin de no provocarla. Una vez que se demostró que la Intifada era más que un movimiento pasajero, Rabin dio paso a una segunda fase a principios de 1988: aumento de la presencia de las IDF en los territorios ocupados para acabar con las huelgas, las manifestaciones y los lanzamientos de piedras. Las víctimas producidas por este enfrentamiento provocarían, creía Rabin, el temor de los palestinos, con la consiguiente disminución de los disturbios. Hacia marzo de 1988 el líder israelí era consciente de que las IDF eran incapaces de acabar con el levantamiento: la carencia de armas entre los palestinos era suplida con piedras o cuchillos, y para la desobediencia civil no era necesaria una red muy organizada. Ante esto, el sofisticado armamento israelí se veía impo-



tente. Se cambió de táctica en una tercera fase, en la que se debía usar la fuerza armada de forma limitada para prevenir la violencia. A las medidas militares le acompañarían las judiciales, juzgando, encarcelando y deportando a los líderes de la Intifada. A su vez, se pondrían en práctica penalizaciones y premios económicos según la violencia aumentara o menguara. Gracias a estas medidas, a mediados de 1988 la violencia disminuyó, aunque no desapareció la oposición civil. El gobierno israelí pudo controlar el territorio y la población palestina no tuvo otro remedio que utilizar los servicios israelíes. Una vez disminuida la tensión se inició la cuarta fase, de carácter político, que culminó en 1994 con el mutuo reconocimiento de la OLP y el Estado de Israel. El resultado de esta primera Intifada fue el aumento de las fuerzas de las IDF de mil a más de diez mil hombres en los territorios ocupados. Se usaron balas de goma, bombas de humo y otras armas no letales para acabar con las demostraciones masivas. Se incrementó el número de *jeeps* utilizados y se estudió la posibilidad de emplear perros y balas con anestésico, aunque finalmente se rechazaron.

LA SEGUNDA INTIFADA¹

La segunda Intifada fue provocada por el sentimiento de frustración ante la paralización de los acuerdos de Oslo. Netanyahu, primer ministro desde mayo de 1996, se negó a cumplir los acuerdos mientras no cesaran los atentados terroristas. La actitud de Arafat, que no quiso o no pudo controlar a los grupos guerrilleros, dio una buena excusa al dirigente del Likud. La respuesta de los palestinos no se hizo esperar y la segunda Intifada, siguiendo el modelo de la primera, se inició en los asentamientos palestinos cercanos a Jerusalén, provocando unos seis muertos por mes –1.9 israelíes contra 3.4 palestinos–.

La llegada del laborista Barak en 1999 despertó nuevas esperanzas para el cumplimiento de los acuerdos de Oslo y por tanto para la paz. Barak cumplió su promesa de retirar a las tropas del Líbano. En julio del 2000 Barak, por primera vez, planteó la posibilidad de que Jerusalén fuera la capital del futuro Es-

¹ La mayoría de los autores prefieren aplicar el nombre de “Segunda Intifada” a la que se inició el 29 de septiembre de 2001.

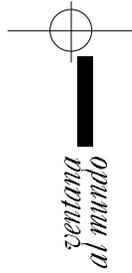


tado palestino. Los miembros del Likud que formaban parte de su gobierno lo abandonaron y se vio obligado a gobernar en minoría. Además, Barak tuvo que enfrentarse a un nuevo rebrote de la Intifada provocado por la visita de Sharon a la explanada de las mezquitas el 28 de septiembre del 2000. Este rebrote sorprendió a los observadores: una respuesta masiva palestina en contra de las tropas israelíes parecía cosa del pasado.

La situación a la que se enfrentaban las IDF no era del todo nueva, pero algunas **circunstancias habían cambiado**. La AP (Autoridad Palestina) ya tenía su propia policía en territorios que incluyen más del 90% de los palestinos de Gaza y Cisjordania. Los acuerdos de Oslo, de El Cairo y de Oslo II dieron lugar a la creación de unas fuerzas de seguridad palestinas (PSS). Los acuerdos de El Cairo, a su vez, permitieron unos 9 000 hombres en los servicios de seguridad. En los acuerdos de Oslo II se aumentaron a 30 000. Según algunos, estas fuerzas actualmente van de 35 000 a 50 000 hombres, es decir un policía por cada cincuenta habitantes –los Estados Unidos cuentan con un policía por cada cuatrocientos–. Con respecto a las armas, El Cairo reducía su número a unas 15 000 –8 000 en la franja oriental y 7 000 en Gaza–, Oslo II lo aumentó a 40 000 armas.

Aunque mal equipados, debido al control internacional del que depende la AP para autofinanciarse, el elevado número de los elementos de las PSS hacen pensar más en un ejército que en una policía para asuntos internos. Eso se debe en parte a la necesidad de controlar a los grupos islamistas de oposición y al deseo evidente de preparar un semiejército que en un momento determinado pueda enfrentarse a las tropas israelíes. Con ese fin la AP estableció en 1998 una serie de campos de entrenamiento en Gaza para jóvenes con capacidad de liderazgo. De esta forma se está solventando la enorme carencia de formación de las fuerzas de las PSS. Por otra parte, en contra de los acuerdos de Oslo, y a través del contrabando, la AP está haciendo acopio de granadas, misiles antitanques, misiles SAM 7 contra aviones, etcétera, obtenidos a través del Mar Rojo y del Mar Mediterráneo o robándolo al ejército israelí.

La mayoría de los analistas coinciden en que Arafat incitó y favoreció el nacimiento de la Intifada. Marwan al-Barghutti, líder de Fatah –principal grupo político de la OLP–, reconoció que la visita de Sharon a la explanada de las mezquitas proporcionó una buena excusa, “pero la explosión habría sucedido de



todas maneras”. Para Arafat la Intifada ha sido una de sus grandes bazas en la lucha política y en el proceso de paz con el fin de llegar a acuerdos satisfactorios con respecto a los refugiados, Jerusalén, los asentamientos judíos, el agua... No en balde las autoridades israelíes culpan a Fatah –a sus milicias *Tanzim*– y a los miembros de seguridad palestinos de más del 70% de los ataques perpetrados durante los tres primeros meses de la Intifada, y en diciembre de 2001 de un tercio de las muertes israelíes (80 de 240). Lo que no está nada claro es hasta qué punto Arafat es capaz de controlar a los demonios desatados en parte con su impulso, beneplácito o complicidad. Dos días antes del fatídico 28 de septiembre un alto miembro de la AP afirmó que si no se llegaba pronto a un acuerdo con el gobierno de Barak, la AP podría controlar a los extremistas, pero no a todo un pueblo.

Arafat aprovecha la ambigüedad: él no participa en la Intifada; Fatah –la organización política más importante dentro de la OLP– y Tanzim –las milicias de Fatah– sí. Arafat condena públicamente la violencia, mientras que sus hombres la incitan y participan activamente y los medios de comunicación controlados por la AP transmiten los incendiarios discursos de los líderes religiosos en contra de cualquier tipo de acuerdo con el gobierno de Israel. La repartición de papeles queda clara: unos atacan, otro platica.

El objetivo de la Intifada ha sido aumentar el acoso contra los israelíes. Mediante la “guerra de las carreteras” se realizan emboscadas; se golpea y se huye. La mayoría fracasan –hubo 770 desde el inicio de la Intifada hasta agosto de 2001–, pero hacen que las IDF se desgasten en defender esas zonas. A partir de noviembre de 2000 se vio que no era suficiente este tipo de guerrilla: era necesario llevarla al corazón de las ciudades israelíes. La división de objetivos quedó establecida: Tanzim, las fuerzas de seguridad palestinas, incluyendo a las fuerzas de seguridad personales de Arafat, las F-17, seguirían hostigando en las zonas ocupadas. Jihad y Hamas se encargarían de asestar golpes suicidas en las ciudades judías –la AP liberó a ochenta activistas islámicos y los medios de opinión pública prepararon a la población para los ataques terroristas–. Las PSS utilizan armamento no permitido por los acuerdos de Oslo, como morteros de 82 mm y Katiuska de 107 mm (también usados por Hamas). El 30 de enero emplearon por primera vez un mortero contra el asentamiento de Netzarim,

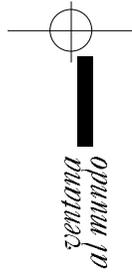


en Gaza; poco después atacaron con el mismo tipo de armamento otras ciudades.

El uso de la artillería no establecida en los acuerdos de Oslo tiene especial importancia, pues significa que el gobierno palestino no se considera obligado a someterse a esos acuerdos. Para algunos autores ello supone que los palestinos han utilizado la táctica de “libanizar” los territorios ocupados: durante los años ochenta, lanzamientos de morteros desde el sur del Líbano afectaron las ciudades del norte de Israel. La respuesta israelí provocó muchos muertos civiles y la reacción internacional. Eso es lo que, según algunos, buscan Arafat, Hamas y la Jihad islámica. Si unos pocos guerrilleros consiguieron que el bien equipado y numeroso ejército israelí se retirara del Líbano, por qué no –piensan ellos– puede todo un pueblo expulsar a los israelíes de los territorios ocupados. Han tenido cierto éxito en la primera parte –la brutal y desmesurada respuesta de los israelíes–. Sin embargo se ha fracasado, hasta el momento, en la internacionalización del conflicto.

La creciente tensión ha provocado que en ambas partes se haya militarizado lo que se debería haber dejado a la política. Si es cierto que algunos generales israelíes no están de acuerdo con la posición del gobierno, Sharon controla el ejército. En la parte palestina la cosa es distinta. Si bien Arafat controla los doce cuerpos de la PSS, cada grupo tiene su propia agenda y muchos desean una guerra abierta. La táctica de Arafat –terrorismo y diplomacia a la vez– parece destinada a fracasar, ya que no satisface a ninguna de las partes. Los líderes árabes más moderados –Egipto, Jordania, Arabia Saudí– y algunos de los hombres prominentes de la OLP piden a Arafat que controle a los terroristas y que acabe con el baño de sangre. Por su parte, los jóvenes de Fatah y de Tanzim se están aproximando cada vez más a los grupos extremistas islámicos Hamas y Jihad islámica. Un altísimo porcentaje de la población palestina, a diferencia de hace algunos años, apoya los atentados suicidas.

Controlar a los extremistas no debió de haber sido difícil hace un año y medio. La PSS conoce su identidad, sabe dónde están y conoce sus fuentes de financiamiento. Sus efectivos son suficientes para controlar a la población. Pero el gobierno palestino ha sido siempre muy cauteloso, e incluso, en momentos de dificultades en el proceso de paz, ha liberado a decenas de terroristas. Pero



la situación cambió a partir del 11 de septiembre. La presión obligó a Arafat a la detención, en los últimos días de noviembre y primeros de diciembre, de unos ciento cincuenta terroristas, la mayoría pertenecientes a Hamas. Su detención no fue fácil. El intento, por ejemplo, de poner bajo arresto domiciliario al líder espiritual de Hamas, Sheik Ahmed Yassin, a principios de diciembre de 2001, fracasó ante la avalancha de palestinos que se concentraron en la entrada de las casas. En muchos casos se repetirían las escenas de jóvenes palestinos gritando consignas en contra de las PSS. La profecía se cumplió: hoy en día le es imposible a la AP controlar a todo un pueblo. ❧